

ADOLESCENCIA, LIBERTAD Y TEMPORALIDAD

Por Luis Rosales Camacho

La vida del niño radica sobre la obediencia. La obediencia no debe confundirse con lo que Bergson llamaba la obligación moral, aun cuando exista considerable afinidad entre una y otra (1). Pero al llegar a la pubertad se despierta en el hombre un sentimiento nuevo (2). Nos parece que en la pura obediencia nos falta aire para vivir. La imitación de los mayores, la manera de **dimanar** que tenía entonces nuestra vida, no nos hace vivir radicalmente. En principio, esta renovación la comprendemos de una manera oscura, la comprendemos **siéndola**. Nos mueve, mas no nos lleva todavía. Si no se fuerza el sentido de la expresión, diríamos que es como un movimiento sin dirección aún y, una vez instalado en su nueva situación vital, piensa el adolescente que lo que él es, no puede haber tenido semejanza ni existencia anterior: lo que yo soy es un sér nuevo, único, trascendente, y este sér mío tengo yo mismo que realizarlo. Comprendo entonces que la obediencia me constituye, pero no me define. Mi modo de vivir, de rezar, de tocar esta mano o este sueño, no puede ser el mismo que tienen los demás cuando

(1) Véase el Capítulo Primero de "Les deux sources de la moral et de la religion".

(2) "El principio fundamental de toda psicología (en oposición a la teoría del conocimiento, debiera ser que la realidad no es constante para las vivencias sino que cambia en la organización psíquica del sér e incluso con el grado de su desarrollo. Debemos pues, empezar afirmando que el niño y también el adolescente viven en otro 'mundo' que nosotros". E. Spranger. **Psicología de la edad juvenil**. Revista de Occidente. Madrid. Página 48. Lo que cambia naturalmente no es el mundo, sino nuestro "mundo" es decir, la relación de consistencia que mantenemos con él en los distintos estadios del proceso vital.

ejecutan estas acciones. En esta distinción de mi conducta hay algo mío, y además, **hay algo sólo mío**. Porque lo puedo realizar, soy libre. Porque realizo mi mismidad soy el que soy (1). A partir de este instante el adolescente ha descubierto su sér inalienable y personal. Si la niñez comprendía la vida solamente como obediencia, la adolescencia comienza a comprenderla solamente como libertad.

Para que sirva de lazarillo a mis palabras quisiera recordar ahora aquel instante en que por vez primera sentí la libertad. Parece que debería tener tal hecho el alborozo con que reciben los niños que juegan en la calle la venida de la luz en día de restricciones. Pero confieso que no fue así. Había ya entrado en mi pubertad y aún no me permitía mi madre que leyese a Zola. "Mira, Luis, hay lecturas lo mismo que hay amigos que son igual que enfermedades. No te disgustes por mis palabras. Quizás sea tan natural la enfermedad como la salud (2). Cada cual tiene su propia salud como tiene su propia enfermedad. El buen amigo, como la salud, tira de nosotros y nos retrae hacia lo mejor de nuestro sér. No es necesario, Luis, leerlo todo, y ¡se acabó! no es necesario leer a Zola".

Yo no pensaba igual que ella. Había olvidado, con la edad, obedecer. Y sin embargo, el hombre siempre es niño, siempre se encuentra bajo tutela. Aun la fuerza del mar en los ojos de Dios es quieta y niña. La adolescencia siente una vaga incitación por lo prohibido, y yo tenía, para continuar con la lectura de "París" o de "La Taberna", muy activas razones juveniles. En vista de ello, mi madre, atendiendo un buen día al dictado de su conciencia, dejó consejos y razones para mejor ocasión, y de la noche a la mañana me quemó todos aquellos libros.

Lo quemado, no habla. Pero a mí me desasosegaba y me hacía hervir la sangre el desafuero aquél. Me hablaba, me seguía hablando día tras día con un lenguaje destrozado y descorazonador. Una cosa era aceptar el hecho consumado, y otra,

(1) "Pues el rasgo fundamental de la juventud es el que indicábamos: descubrirse a sí misma y luchar por la propia expresión". E. Spranger. *Cultura y Educación* (2-128). Col. Austral. Espasa Calpe. Madrid.

(2) Resulta conforme a nuestros hábitos espirituales considerar como anormal lo que es relativamente raro y excepcional: la enfermedad por ejemplo. Pero la enfermedad es tan normal como la salud, la cual, considerada desde cierto punto de vista, aparece como un esfuerzo constante para prevenir la enfermedad o descartarla". Bergson. Ob. Cit. 85.

muy diferente, que lo pudiera comprender. Sentía, por vez primera, que el orden que sustentaba la vida de mis padres no era el mío. Y lo sentía como un desgarramiento (1).

Igual que todo adolescente, creía preciso edificar el sol con arreglo a mis propias ideas. Dejaría de ser sol y darme vida si en cierto modo no era un invento mío. Frente al modo de ser de mis mayores, se levantaba en mí la libertad con esa ciega plenitud con que sentimos, tras el desmayo, que comienza a reanudarse en nosotros el movimiento de la sangre (2). Inapetiblemente planteaba yo mi disconformidad todos los días como conversación de sobremesa. No era apropiado desde luego. Mi padre no me daba ni me quitaba la razón, pero apoyaba la actitud de mi madre. Y a mí se me iba abriendo una llaga en la boca siempre que hablaba de ello. No dejaba de hacerlo. Era preciso. Creía juvenilmente en el heroísmo de mi conducta. Creía que cada una de mis palabras avanzaba un poquito la frontera de la futura libertad del mundo. Y mis palabras me dolían distendiéndome. Y yo juzgaba necesario aquel dolor, igual que para cauterizar la herida es necesaria la quemadura. La noche era mi campo de batalla. Y ya sabéis: la libertad nos es preciso hacerla hora tras hora y día tras día (3), pero no llega nunca a alcanzar nuestra propia estatura. Lloraba yo para nacer, para sentirme libre, para sentirme hombre. Sentía la libertad juvenilmente como exención de todo. Lo que exime, separa. Lo que separa, duele. Y yo me deshacía, me desnacía, en esa distensión hacia el futuro, en que consiste la libertad. Mis padres esperaban. Y al fin todo pasó, mas como pasa todo, dejando rastro y reasumiéndose en la vida (4).

Más tarde, sí, más tarde, al llegar a la segunda juventud, todo

(1) "Cuando por vez primera el yo se enfrenta con algo singular y propio de las cosas y de los hombres que le rodean, se engendra en la conciencia un mundo nuevo. Su primer rasgo es un aislamiento profundo. El dolor de la individuación se siente por vez primera. Porque todo no es sólo para mí, todo no es uno con mi vida: es ajeno y no me comprende. Se ha desgarrado la ingenua unidad. Con la conciencia del yo nace también la de un otro que repentinamente es ajeno y no yo". (E. Spranger. Ob. Cit. 2-129).

(2) La libertad comienza a evidenciarse por el "sentido de diferenciación" con nuestro mundo.

(3) Goethe. **Fausto** "Solamente merece libertad y vida quien diariamente sabe conquistarlas". (Parte 2. Acto V. Escena VI. Esta idea es la central de la famosa obra).

(4) "Lleva el que deja y vive el que ha vivido", decía A. Machado.

varía. No creemos sino hacia adentro de nosotros (1). No deja el hombre de ser niño, y cuando más se acerca hacia la muerte, más se encuentra bajo la advocación de la niñez. Vivimos recreando lo que fuimos. La vida es como un río, y yo recuerdo haber escrito alguna vez que la unidad es la forma del agua (2). Sólo nos apropiamos de nuestra vida cuando la reducimos a unidad. Este recuerdo tuyo, por ejemplo, es justamente la esperanza que tengo de que llegues a ser como quiero que seas. Vivir es ver volver; ver que las cosas se van haciendo nuestras, van apropiándose a nosotros en la esperanza del recuerdo (3). Vuelve, tan sólo, lo que es nuestro, y el dolor de vivir es lo que crece. Igual que en los dibujos de anatomía el movimiento de la sangre dibuja con exactitud la arquitectura de nuestro cuerpo, el dolor va llenándonos cada vez con mayor precisión, va iluminándonos interiormente, hasta llegar a dibujar la arquitectura de nuestra intimidad. Es la raíz de toda el alma (4). “Y dime, Luis, ¿vuelve lo que murió?”. Vuelve, cuando era nuestro, pero vivificado de dolor, temblando de futuro, como vinieron a nosotros la obediencia de la niñez y la libertad de la primera juventud. Pero debemos recordar que la obediencia de la niñez nos unificaba interiormente, nos integraba y armonizaba con el mundo. La libertad, en cambio, nos desrealiza en cierto modo y nos escinde de él. Donde hay dos, hay dolor. La dualidad de estos principios —libertad y obediencia— es sentida como un desgarramiento al llegar a la pubertad. Ya no podemos obedecer de manera espontánea, igual que obedecíamos cuando niños. No podemos tampoco realizar espontáneamente nuestra libertad como soñábamos realizarla siendo ado-

(1) “Aludimos a la vuelta de la mirada hacia dentro (la reflexión) el descubrimiento del sujeto como un mundo, por sí, aislado para siempre de todo lo demás del mundo: es la vivencia de la gran soledad”. E. Spranger. *Psicología de la edad juvenil*. (54).

(2) “Ay! tenías que cavar la hondura de mi sangre
con la pura unidad que es la forma del agua”.
(Abril. Ed. Cruz y Raya. Madrid. 1935. pág. 89).

(3) Es uno de los pensamientos más importantes y repetidos en la lírica de Unamuno. Véase el Romancero del destierro:
con recuerdos de esperanzas
y esperanzas de recuerdos.

(4) “El dolor es la substancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona. Y es universal, y lo que a los seres nos une es el dolor, la sangre universal y divina que por todos circula. Eso que llamamos voluntad, ¿qué es sino dolor?”. (Unamuno. *Obras Completas*. E. Aguilar. 842).

lescentes. Sentimos que toda acción vital se fundamenta sobre una oposición, sobre un desgarramiento. Comprendemos, por ello, que nos duele vivir.

La libertad considerada como desgarramiento.

Por tanto, al llegar a la pubertad, nos encontramos con que la libertad se contradice con la obediencia. Parece, pues, que nos alejamos de nuestro fin concreto que era el de concertarlas. No importa, por todas partes se va a Roma, cuando se llega a ella. El yo del niño forma una ingenua unidad con su ambiente. En esta etapa de la vida se consideran las costumbres y las creencias del medio en que vivimos como nuestras, pertenecientes y apropiadas. El niño no es otra cosa, todavía, sino esta "apropiación" y su vida tiene una consistencia unánime con cuanto lo rodea (1). Pero al llegar a la adolescencia aboca el hombre a una actitud distinta. El adolescente no vive **desde** el mundo; comienza ya a vivir **desde** sí mismo. Tal modo de vivir defundamenta, en cierto modo, su propia realidad. Entre el hombre y su "mundo" nace una fuerte oposición. Y como el "mundo" es uno de los elementos que me constituyen —yo soy yo y mi circunstancia— (2) esta contradicción suele vivirse

(1) "El hombre es menor de edad mientras tanto que ejecuta simplemente, sin comprenderlas de modo primario, las intenciones vivenciales de su contorno, en tanto que la forma básica de su relación espiritual para con los demás es el contagio, la acción conjunta en un sentido amplio: la tradición en tanto que quiere lo que quieren sus padres o sus maestros o cualquiera de su contorno, sin reconocer en el querer del contenido respectivo la voluntad de otro. Pues justamente así tiene la voluntad extraña por propia y, respectivamente, la voluntad propia por extraña". M. Scheler. *Ética*. Revista de Occidente (2-284) Madrid.

(2) Muy a pesar de ser esta frase el núcleo de la filosofía orteguiana y de haber sido repetida, combatida y comentada más de un millón de veces, según consta en nuestro muy reducido archivo personal, no suele comprenderse rectamente. Es indudable que en ella la palabra "yo" está empleada en sentidos diferentes. Esto es tan claro que hasta los mismos libre-pensadores de la cultura profesional lo entenderán. No insistiremos sobre este hecho. Lo que no suelen entender es que la palabra circunstancia nos remite también a sus dos dimensiones esenciales: la circunstancia comprendida como medio histórico y la circunstancia comprendida como naturaleza. Tan circunstancia es para Ortega nuestro cuerpo, como la sociedad en que vivimos. Generalmente, sin embargo, se suele repetir que el hombre, en la doctrina orteguiana, no tiene naturaleza, sino historia. Naturalmente, tal cosa no la ha podido pensar nadie, y menos que nadie, Ortega. El propio cuerpo humano es la primera dimensión de la circunstancia con que ha de habérselas el yo del hombre. La mejor interpretación de la doctrina ontológica de Ortega es la del profesor García Bacca, y a ella remitiremos al lector sobre este punto: "Partiendo pues de la vida humana en cuanto tal, podremos distinguir con Ortega, y aplicando explícitamente al esquema

como un desgarramiento cuyos grados son los siguientes: la contradicción entre hombre, “tiempo” y “mundo”; la comprensión del “prójimo” como el “otro”; y en fin, la libertad entendida meramente como exención. Conviene a nuestro fin que analicemos el desgarrón de la adolescencia comenzando por la contradicción entre el hombre y “tiempo”, para terminar con la contradicción entre hombre y “mundo” (1).

La contradicción entre hombre, “tiempo” y “mundo”. —Recordábamos que el dolor nos comprueba que existimos, nos da plena conciencia de nuestra realidad y es como la raíz de nuestra vida anímica. Pasados tantos años, este aspecto del pensamiento de Miguel de Unamuno sigue aumentando su validez innovadora y su vigencia porque el dolor es algo más asible, más presente, más hecho a la medida de nuestro cuerpo y nuestra alma, que la angustia (2). Sé que esta carne es mía porque me duele. Sé que este sueño es mío, y además, que este sueño no es sueño (3), porque me estoy doliendo en él. Este es el hondo, el indeleble sentido metafísico de aquella expresión suya: “me duele España”, más repetida que comprendida. En tal dolor se le hacía carne propia el sér de España tomando en ella, en nuestra carne, **realidad**.

Pero además, añadíamos nosotros, todo acrecentamiento hacia el futuro, toda impulsión de libertad, nos distiende. Lo que distiende, duele. Donde hay dolor, hay dos. La aparición del sentimiento de libertad en nuestros años juveniles, vimos que

cosa-sér, dos direcciones divergentes que la mantendrán en tensión interior, en desgarramiento real, en drama (ensimismamiento y alteración) (1564) 1ª tendencia hacia sér —cosa; dominio de la circunstancia, 2ª tendencia hacia el sér. La resultante de estas dos fuerzas dará en cada momento la realidad del hombre. Igual idea sostiene Heidegger al llamar al hombre, en cuanto tál y en lo que de original tiene da-sein-ser (sein) que está (da) entre cosas, y más estrictamente con Ortega: “sér que es cosa”. J. B. García Bacca, **Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas**. Caracas, 1947. No perderemos la ocasión de indicar que este libro es un prodigio de precisión y agudeza, hondura y, sobre todo, generosidad intelectual.

(1) O si se quiere, aunque entendido parcialmente, entre el yo y la circunstancia.

(2) Sería muy interesante establecer las relaciones entre la moderna filosofía de la angustia y el pensamiento de Unamuno.

(3) “Es el dolor físico, o siquiera la molestia, lo que nos revela la existencia de nuestras propias entrañas. Y así ocurre también: con el dolor espiritual, con la angustia que no nos damos cuenta de tener hasta que ésta nos duele. Es la congoja la que hace que la conciencia vuelva sobre sí”. Unamuno. **Ensayos** (A. Aguado) 848.

nos mostraba y demostraba, por medio del dolor, no solamente la realidad, sino también la interna dualidad de nuestra vida anímica (1). Ampliando un poco más el sentido de la acción del dolor, recordaremos las palabras siguientes:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Pero Ella no faltará a la cita (2).

Desde la vez primera que lo leímos ejerció este poema sobre nosotros una tirante y ávida sugestión. Hoy, tal vez lo entendemos igual que el agua, al aclararse se va haciendo profunda. Aquel "día" misterioso, que cuando viene nos sitúa al borde del sendero, es el dolor. Así pues, —y esta función es la que más nos interesa destacar ahora— (3) el dolor nos da también conciencia de la temporalidad de nuestro sér. Allá por el año de 1907 uno de los más profundos poetas españoles de cualquier época escribió para siempre estas palabras: "ya nuestra vida es tiempo". Por el cauce de esta expresión han discurrido muchos hallazgos decisivos para el hombre actual: el yo consiste en "duración"; el ser del hombre es historia; la vida es una proyección. Por muy somero contacto que establezcamos con ellas, comprenderemos que estas palabras —**unas pocas palabras verdaderas**— se implican necesariamente en su mutua aventura.

Todos sabemos de modo implícito lo que es el tiempo. Todos notamos su tácita presencia, aunque sólo sepamos declararla de manera indeterminada y aproximativa. "¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé: pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, ya no lo sé" (4). Sin más afán que el de brujulear en su trastienda vamos nosotros a encarar la acción del tiempo. Al fin y al cabo, la poesía no es solamente una pregunta que no tiene contestación: **es el sér mismo de la pregunta** (5). La

(1) Empleamos la palabra yo en su acepción más amplia, generalizada y popular.

(2) A. Machado. **Obras Completas**. Ed. cit. (44).

(3) Las funciones del dolor que subrayamos ampliando el contenido del pensamiento de Unamuno son las siguientes: el dolor nos da conciencia de la realidad de la existencia, de la dualidad de nuestro yo, y de la temporalidad de nuestro sér. Con apuntarlas es suficiente por ahora.

(4) San Agustín. **Las Confesiones**, pág. 815. B. A. C. Madrid, 1946.

(5) A causa de ello puede ser insincera o banal, igual que la pregunta es banal o inapropiada, pero no puede ser un error.

palabra poética, como la fe, lleva una venda sobre los ojos, y así, porque camina a ciegas, suele encontrar la realidad incógnita e iluminarla débilmente.

Según San Agustín, “no se puede decir con propiedad que los tiempos son tres: pretérito, presente y futuro, sino que tal vez sería más propio decir que los tiempos son estos tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes, y presente de las cosas futuras. Porque estas son tres cosas que existen de algún modo en el alma, y **fuera de ella yo no veo que existan**. El presente de las cosas pasadas es la memoria; el presente de las cosas presentes es la visión, y el presente de las cosas futuras es la expectación o la esperanza” (1).

Veamos algunas de las consecuencias que se derivan necesariamente de estas palabras. La primera es el descubrimiento de que el tiempo tiene una sola dimensión. El futuro, en cuanto futuro, no está siendo. El pasado, en cuanto pasado, no tiene realidad, no ha sido todavía. El presente en cuanto presente, es una pura convención igual a la del punto en geometría (2). En consecuencia, el tiempo (3) tiene una sola dimensión: **la de estar siendo**, y este “estar siendo” presupone la consistencia entre el pasado, el presente y el futuro. Pensemos en un hecho cualquiera: ayer estuve visitando una notabilísima Exposición de dibujos del pintor Pepe Caballero. Al volver a representármela en el recuerdo, aquello que es “memoria”, es decir, el hecho de haber ido a la Exposición y haberla visto, pertenece al pasado; aquello que es vivencia estética pertenece al presente, y ahora la estoy sintiendo con más pureza; y finalmente, aquello que es recuerdo pertenece al futuro: **es un futuro siendo**. Se dirá que estas palabras son una paradoja. Conviene analizarlas. Nadie puede recordar su pasado sino trayéndole al presente. Allá se estaba la Exposición en mi “memoria” y yo he tenido que re-

(1) San Agustín. **Las Confesiones** (823). Ed. B. A. C. Madrid.

(2) “Ya no es ayer, mañana no ha llegado;
Hoy pasa y es y fue con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado;
azadas son la hora y el momento
que a jornal de mi pena y mi cuidado
cavan en mi vivir, mi monumento.

Quevedo. Ed. Rivadeneira. 18.

(3) En esta, como en todas las ocasiones, nos referimos al tiempo psíquico y humano.

crearla nuevamente, para que ahora pueda estar **siendo** en mi recuerdo. En rigor, nada se puede actualizar que no haya sido previamente la posibilidad de su actualización.

Ahora bien, el futuro es la única forma de posibilidad real para el presente, como el pasado es la única forma de posibilidad real para el futuro. Así pues, mi pasado ya es un **futuro sido**, o mejor dicho, ya es un **futuro siendo**, desde el mismo momento en que actualizo, al recordarle, su posibilidad. Pero además, yo no podría rememorar estos dibujos si no los animara recreándolos, dotándolos de nueva vida con mi vida y por decirlo en puridad: llenando de futuro su "memoria". El "recuerdo" consiste en recrear desde un futuro nuevo, la "memoria". La medula del tiempo no es pasado, presente, ni futuro, sino su mutua implicación y consistencia. El tiempo real es solo y siempre "un todavía". Yo he salido esta tarde de mi casa dispuesto a visitar la Exposición de Pepe Caballero. Como desde hace varios días ni como, ni vivo, ni dejo en paz a nadie, desposeído con el problema de la temporalidad, me vuelvo a plantear el tema en relación con este hecho. El "móvil" de que me encuentre ahora en la calle, —la invitación de la sala "Clan"— pertenece al pasado. El "motivo", que es el deseo de ver la Exposición, pertenece al presente. El "fin", es decir, el hecho de contemplar la Exposición, pertenece al futuro. Si no se hubiesen dado en mí, todas y cada una de estas circunstancias, yo no estaría haciendo lo que hago, ni siendo lo que soy. Lo que me lleva hacia la Exposición es aquel "todavía" en que se encuentran implicados motivos, móviles y fines. Esto es una verdad de Pero Grullo. Sin embargo, ahora, en el momento mismo de encontrarme a la puerta de la sala, vuelvo otra vez a analizar mi situación. Entrar a ver la Exposición es todavía el futuro (1). Puedo hacerlo o no hacerlo, y en este sentido el hecho de penetrar en el salón es sólo el cumplimiento de un proyecto. El cumplimiento de un proyecto no

(1) "Conviene precisar estas maneras de futuro: la expectación y la posibilidad que constituyen el futuro abierto y propiamente dicho. Hay también formas impropias de futuro: 'No he pensado todavía si el número 1234567 es un número primo: pero sé que si me pongo a pensarlo tendré que decir una de las dos cosas: que es primo o que es compuesto. El futuro de mi afirmación o negación está matemáticamente determinado: el que antes de estudiar tal número con los criterios de divisibilidad, que parezca posible que sea o no primo, es pura apariencia, pues mi acto de pensar tendrá una consecuencia fija, ineludible. Todo se encuentra previamente determinado. Se trata pues de un **futuro sin porvenir**.'" J. D. S. Bacca. Ob. cit. (1-39).

es una mera posibilidad, sino una expectación. Y la expectación es una posibilidad real, es decir, es una extraña posibilidad que "ya está siendo", de una cierta manera, su futuro. Esto también parece paradójica. Tal vez lo es. No nos importa demasiado. Si la relacionamos con su realización, el hecho de penetrar en la sala de exposiciones es una mera posibilidad. Si la relacionamos con su proyecto, el mismo hecho es una expectación. Así pues, el futuro se me aparece en una doble dimensión: la una mental, la otra real. Y por ello afirmábamos que el presente, considerado desde su posibilidad, es un futuro siendo, y añadimos que el presente, considerado desde su expectación es un pasado vivo: en uno y otro caso, un "todavía". El "todavía" es la substancia misma temporal.

La segunda aportación decisiva de San Agustín a nuestro tema es la siguiente: el tiempo siempre es de alguien. No podemos pensar en él sino existiéndolo. Así pues, tiene una sola dimensión: la **de estar siendo**, y una realidad única: la de "estar siéndole" a alguien. Al llegar a este punto, debemos preguntarnos qué es lo que el tiempo le está **siendo** a aquel a quien sucede. No es complicada la respuesta. Lo que nos pasa temporalmente es que cambiamos.

El sér del tiempo es el cambio, y este cambio específico en que consiste el tiempo no es otra cosa que la transformación de nuestro sér. Nuestra anterior proposición: el tiempo siempre es de alguien, debe de transformarse en esta otra: el tiempo siempre es del sér (1). En efecto, todo lo que encontramos a nuestro alrededor vemos que cambia y se transforma. La primavera trae hojas nuevas. Cambia la luz del atardecer, la linde azul del Guadarrama, el tronco, la madera y el ojo que los mira. La nieve del corazón se nos deshíela y toda carne envejece como el vestido (2). Cuando recuerdo a aquel amigo a quien tanto debo, pienso que me quiere de una manera extra-

(1) Aun en el mundo de lo inorgánico rige la misma ley. Véase lo que nos dice Collingwood sobre la noción de sustancia: "Diferentes órdenes de sustancia necesitan para existir diferentes órdenes de lapsos de tiempo. Las consecuencias de este principio han sido desarrolladas por el profesor A. N. Whitehead, y comprendidas en su apotegma de que 'no hay naturaleza sin instante'. La tendencia de toda la ciencia moderna de la naturaleza es la de resolver la sustancia en función. Todas las funciones naturales son formas de movimiento, y todos los movimientos necesitan tiempo". **Idea de la naturaleza**. Méjico (36).

(2) **Eclesiástico**. 14-18.

ña, de una manera así como asustado, y comprendo que tal vez a fuerza de dignidad se le ha ido haciendo un poco ósea la entereza del alma. El tiempo consiste en esta mutación que hace a los árboles, y hace a la luz, y hace al amigo. No estamos hechos del mismo estambre de los sueños, sino del hilo temporal que une la sangre, los hechos y los sueños, fundiéndolos en una sola realidad que llega a ser la nuestra. No estamos **siendo**, si vale la expresión estamos transcurriendo, y solamente por nuestra consistencia temporal se puede realizar la apropiación de nuestra vida a nuestro sér. San Agustín decía que el tiempo no es la medida del cambio (1) y que su realidad consiste en una cierta distensión del alma (2). En una y otra proposición se nos afirma tal vez por vez primera, la radical vinculación entre el tiempo y el sér. Este, también, es uno de los temas de nuestro tiempo. No debe ser tocado a la ligera. No entraremos en él. Sólo nos interesa destacar la diferente acción creadora que tiene el tiempo sobre la libertad en el proceso de nuestra vida.

* * *

Veamos primeramente la acción del tiempo en la vejez. La ley del olvido hace pasar al subconsciente nuestra vida afectiva estableciendo como una especie de aislamiento entre aquello que es "mío" y aquello que soy "yo". Apenas si interviene la voluntad del hombre en el arribo de su recuerdo; apenas si interviene en la debilitación o dejación de su acervo sentimental. Por la ley del olvido se nos va convirtiendo la ausencia en soledad. La soledad es la gravitación del alma sobre sí misma. La soledad enriquece con cuanto abarca el horizonte de nuestras preferencias, y por ello pudo decir Fray Jerónimo de San José en verso inolvidable:

Me es soledad el mundo solo, junto,

entendiendo no solamente que cabe todo el mundo en un olvido

(1) Esta es la interpretación de la filosofía tradicional desde Aristóteles. "Numerus motus secundum prius ac posterius". El número del movimiento respecto a un antes y a un después. Sin variación la recoge Santo Tomás.

(2) "Inde mihi visum est nihil esse aliud tempus quam distensionem. Sed, cuius rei, nescio, et mirum si non ipsius animi". "De donde me pareció que el tiempo no es otra cosa que una distinción. Pero de qué cosa, no lo sé, y maravilla será si no es de la misma alma". (San Agustín. **Las Confesiones**, ed. cit. 823). La versión del P. Vega, generalmente muy ajustada, traduce la palabra **distensionem** por extensión. No me parece preciso.

único (1) sino también, que por el crecimiento del corazón, el mundo unificado, sólo y junto, está todo él presente en nuestra soledad.

Vemos pues cómo, limitado por la ley del olvido, se queda el hombre en soledad. Decía Unamuno que el tiempo tiene dos maneras de producirse: el tiempo de pasar y el tiempo de quedar (2). Para nosotros, el tiempo de “quedar” constituye la soledad del hombre. Nos quedamos humanamente solos con aquello que al corazón de cada uno no le es posible abandonar. Nos quedamos **solos** de aquellas cosas que dejan **hueco** en nuestra vida, de aquellas cosas que al perderlas, nos dejan, doloriándonos, como clavados en su cruz. La soledad del hombre dá la medida de su amor. Nuestra soledad fundamenta y declara la mayor o menor fertilidad de nuestro espíritu. Y al fin, cuando ya nos quedemos **solos del tiempo**, cuando encontremos la mirada de Dios, ella no nos verá como vestidos de nosotros; nos verá en soledad, y por aquella soledad que somos será el hombre juzgado.

Mientras dura la juventud, olvidamos por igual el pasado inmediato y el pasado lejano. No es tan solo su lejanía lo que nos hace recordar los hechos o darlos al olvido. Pero a medida que la vida se gasta y nuestra carne siente que se le acaba la duración, advertimos un cambio de importancia en el funcionamiento de esta ley. De todos es conocido el hecho de que al aproximarse la vejez recordemos las impresiones antiguas con mayor precisión que las recientes. Le ocurre a la memoria igual que a la visión con la presbicia que distingue con claridad la lejanía y se le esfuman en una vaga niebla los contornos cercanos. Con la vejez nos olvidamos más y más de cuanto nos rodea, revivimos por la gracia de Dios y como el último de sus dones temporales, nuestra primera juventud. Y no es que el corazón haya vivido entonces con más intensidad, sino que sólo se recuerdan aquellas cosas que al perderlas nos han dejado solos

(1) Recuérdese el poema de J. Guillén, **El desterrado**: “El mundo cabe en un olvido” (4ª Ed.) pág. 208.

(2) “O mejor dicho, la historia no es el sueño que pasa sino el que queda, porque no pasa en en el tiempo material, sino en el otro”. Unamuno. **Obras Completas**. (Afrodisio Aguado). 5-650. Madrid, 1952.

(1) nos han llevado de la mano hacia el hondón del alma donde descansa el hombre sobre sí mismo. Porque es bien cierto que la vida no la vivimos siempre con igual plenitud, pero es más cierto aún que las cosas no las perdemos siempre de igual manera (2). Hay cosas y personas que al perderlas nos pierden; otras en cambio que al perderlas nos salvan. La unidad de nuestra vida psíquica es tan sensible que la pérdida de un sér querido nos hace a veces que perdamos no solo la asistencia de este sér, sino también todas aquellas cosas que su muerte nos deja. Con qué desoladora precisión lo ha expresado Quevedo:

aunque en lo demás sea rica
¡más le quitó lo que tiene
que lo mismo que le quita! (3)

Pérdidas hay por tanto dañosas, negativas que nos hacen desaparecer, como una gota más, en la corriente del vivir (4), pero también hay pérdidas restauradoras que nos “encuentran” y nos identifican, porque detrás de su vacío se queda el hombre consigo mismo a solas. La infancia es una de ellas. Al perderla nacemos, y por esta razón, sobre su infancia se sobrevive el hombre. No es extraño. Cuando el vivir ya es sólo duración, nuestra memoria como un reloj adelantado (5), se nos convierte en esperanza. Y es verdad que nos falta el vivir, mas nos asiste lo vivido (6) y nos asiste recreándonos y recreándose bajo una forma nueva de posibilidad. Recordar no es solo desvivir, sino

(1) Sobre el sentido activo de la soledad (saudade - soledad) se ha escrito mucho. Véase por ejemplo C. Vossler, **La poesía de la soledad**. (Revista de Occidente. Madrid). Este sentido es muy usado por Santa Teresa. Refiriéndose a San Juan de la Cruz dice: “No creará la soledad que me causa su falta”. **Epíst.** 2. Pág. 282.

(2) Hay éxito en los males para un hombre —y hay hallazgo que trae pérdida. **Eclesiástico**. 20-9.

(3) Quevedo. Ed. Rivadeneyra. Pág. 70. Creo que este pensamiento de Quevedo está influido por las palabras de Jesucristo Nuestro Señor en el Sermón de la Montaña. “Videte ergo quo modo audiatis. Qui enim habet habitur illi: quicumque non habet, etiam quod puta se habere, ause retetur ab illo”. San Marcos. 8-18.

(4) Es el sentido de la novela **Primavera mortal**, de Lajos Zilahij, mucho más honda y humana de lo que suelen ser las de este autor.

(5) Recuérdesse el bellissimo poema de J. R. Jiménez:

Me adelanté al corazón
como si fuera un reloj
hacia la hora tranquila
pero no vino la dicha.

J. R. J. **Antología**, Calpe, pág. 245.

(6) “Falta la vida, asiste lo vivido”. Quevedo. Ed. Rivadeneyra. Pág. 18.

vivir de nuevo y hacia la plenitud de su sentido nuestra vida. Y la riqueza del alma humana es tanta que un solo hecho, un solo sueño nos bastaría para colmar la vida, como le basta al místico haber sentido el toque de la quietud de Dios un solo día. La niñez es la memoria del anciano, o si se quiere, la memoria doliente a que llamamos soledad. Hacia el fin de la vida se vive como a mayor distancia de las cosas. Parece como si el vivir se nos interpusiera ante el presente. Cuando el **vivir** se nos convierte en soledad, da un paso al frente, adelantándose a la **vida**. El recuerdo se llena de esperanza. Esta es la situación de la vejez (1). El corazón, ciego de tiempo, ya nos ha aislado por completo, nos ha dejado a solas, definitivamente, con Dios y la inocencia.

Pues bien, la soledad vital de la adolescencia se caracteriza por el incumplimiento de esta ley. El tiempo, según estamos viendo, influye en nuestra libertad y nos hace que vivamos de modo necesario y diferente un mismo hecho, en cada una de las distintas etapas de la vida (2). El pasado no consiste propiamente en pasar sino en quedar, y su manera de “quedar” va edificando nuestra soledad. Estoy conmigo a solas cuando no estoy enajenado o alterado, cuando me encuentro siendo lo que soy. Este es el profundísimo sentido que tiene la expresión popular andaluza referida a la muerte: “esa ya está a sus solas”. Con ella pretendemos indicar que la persona de quien hablamos, sin posibilidad de alteración alguna, está ya siendo lo que es suyo definitivamente y para siempre. El tiempo nos limita la libertad. El tiempo es quien nos hace que estemos consistiendo con nuestros hechos de modo bien distinto cada vez que **los somos**, recordándolos. Porque los hechos no son cosas, **no están ahí siendo tan sólo lo que son, y consistiendo en sí mismos con nosotros**. Los hechos no consisten en sí mismos: consisten siempre en un sujeto que los temporaliza y los transforma, es decir, que les da su verdadera consistencia (3).

(1) También puede ser la situación vital del hombre en época de crisis. Baste con apuntarlo.

(2) Esta es la única relación entre la libertad y la temporalidad que nos interesa destacar aquí.

(3) Al insertarse un mismo hecho en muy distintas situaciones vitales puede modificar de manera muy varia su estructura. El tiempo modifica no solamente a los hechos (es decir a su rememoración o valoración) sino también a la misma estructura total de nuestra vida psíquica.

Tener un hijo a los ochenta años no es igual que tenerlo a los veinte. La muerte tiene distinto sentido si nos sorprende jóvenes o nos descansa viejos. La consistencia temporal del yo se prueba en la continua e ineludible transformación de nuestra vida psíquica. Fijémonos en el caso siguiente. A veces dejamos de ver durante varios años a una persona conocida. Teníamos con ella un relación tirante y desagradable. Al encontrarla de nuevo, comprendemos que ha cambiado por completo el carácter de esta relación. Ahora es cordial, íntima y descansada. No ha habido ningún hecho, ninguna acción motivadora de este cambio. No ha habido nada, sino el tiempo que somos, que nos haga cambiar. En efecto, al correr de los años cambia el valor de un hecho, cambia el hecho y cambia nuestra misma estructura vital (1) porque el hombre es de tiempo y el tiempo real es sólo y siempre el "todavía", la vivificación transformadora de nuestro sér donde se funden las tres dimensiones estáticas y lógicas de la temporalidad. En este "todavía" (2) lo que llamamos futuro no es otra cosa que el pasado bajo su forma de posibilidad real, y lo que llamamos presente no es otra cosa que la articulación del pasado y el futuro en su forma de **siendo**. Así pues, el tiempo, o mejor dicho "el todavía", modifica el sentido de los hechos, pero los modifica necesariamente desde un punto de vista inalterable; su adecuación con nuestro sér.

Al final de la vida se sobrevive el hombre en el pasado. Para el adolescente, en cambio, sólo son verdaderas aquellas cosas sobre las cuales puede fundarse la esperanza. El adolescente no consiste desde el pasado. Su actitud genuina estriba en despojarse de él. Su vida, si la entendemos como él la entiende, carece de fundamento temporal. Tiende a recién nacer. Mas si la acción del tiempo no consiste solamente en pasar, sino en quedar, ¿cuál es la forma de presencia que tienen todas aquellas cosas que pertenecen al pasado?

Vayamos paso a paso. Si no estuvieran siendo presentes de algún modo no tendrían realidad temporal. Pero a poco que me-

(1) Por ejemplo, si pienso en la terminación de mi licenciatura comprendo que este hecho no es hoy, ni mucho menos, lo que fue para mí. Han cambiado completamente su importancia, su sentido y su función vital.

(2) La doctrina del "todavía" es una de las más importantes invenciones poéticas de A. Machado. Si alguna vez tenemos tiempo y quietud —que Dios lo quiera— le dedicaremos a su estudio la atención que merece.

ditemos sobre ello, comprenderemos que nada de lo que ha sido, puede dejar de ser en nuestra vida. El alma siempre se encuentra entera. Del alma nadie sale. En verdad, cuando decimos de algo que fue, pero que no es, solemos confundir la vida real y la vida consciente. Esto es a todas luces un error, puesto que ahora, en este mismo instante, estoy siendo muchas cosas —acciones y reacciones fisiológicas por ejemplo— de las cuales no tengo la menor conciencia. En rigor, la “presencialidad”, es decir, el **estar siendo** de nuestra vida psíquica que constituye la entera realidad del “todavía”, tiene tres estratos: la presencia patente, la presencia latente, la subconsciencia. No hablaremos de esta tercera dimensión porque no afecta sino indirectamente a nuestra vida personal. Probablemente tenemos las mismas razones para afirmar o para negar que aquello a que llamamos subconsciencia sea algo estricta y rigurosamente “nuéstro” (1). Veamos por tanto los otros modos de presencia: la que nos acompaña bajo la forma de presencia efectiva; la que nos acompaña bajo la forma de soledad (2). Conviene precisarlas, pues ambas forman el tejido inmediato de nuestra vida psíquica. La soledad es el ámbito donde se nos revela íntegramente la presencia del alma. Todo lo que estamos siendo y todo lo que somos, marca su línea de frontera. Todo aquello que es “mío” y también, todo aquello que es “nuéstro”, pesa en mi soledad. La soledad es la asistencia de lo vivido a la figura de nuestra vida personal. El hombre escoge libremente este proyecto dentro del cual encarna la figura ideal que quiere ser, pero esta figuración creadora que hacemos de nosotros no es arbitraria: tenemos que escogerla dentro del área real de nuestras posibilidades. Cierto es que el hombre puede hacerse y escogerse a sí mismo, pero se escoge **desde** sí mismo. A medida que la edad avanza, nuestras posibilidades de ser se van haciendo más concretas, pero también y en la misma medida, se va haciendo su número me-

(1) La vida subconsciente es “mía” pero no es “nuestra”. Esto quiere decir, como verá el lector más adelante, que atañe a aquel sujeto de mis acciones que es el “mi” pero no atañe a la “persona”.

(2) O si se quiere, de recuerdo y memoria, en el sentido en que venimos utilizando estas palabras. Recordar es actualizar aquellas cosas que se encuentran residenciadas en la memoria.

nor (1). Por tanto, al elegir su vida, se elige el hombre desde sí mismo, y desde aquel archivo de su alma al que llamamos soledad. Así considerada, la soledad es la presencia latente de nuestra vida psíquica, y en ella se nos ofrece la totalidad de cuanto estamos siendo antes de comenzar a ser nosotros mismos. Recordemos: “yo no hago lo que quiero; lo que no quiero, hago”.

Pero este hacer involuntario del hombre tampoco puede realizarse sino dentro del área estricta de las posibilidades que yo a mí mismo me haya dado. Tal área no es algo extraño a mí, antes por el contrario, constituye la vida, nuestra vida, en tanto que acotada por nosotros. En este acotamiento se delimita el perfil de nuestra posibilidad real. Este perfil o acotamiento de mi vida, y lo que quiero, y lo que hago, juntamente, me hacen ser el que soy. Por ello hemos escrito que Dios nos juzgará por nuestra soledad y no tan sólo por nuestra conducta, que Dios nos juzgará viéndonos solos. Mientras vivimos, vamos entresacando de nuestra soledad y convirtiendo en hechos algunas de nuestras posibilidades, como aquel que revela un negativo fotográfico. Estos hechos son los que constituyen en cada uno de los instantes del vivir nuestro presente. Pero el presente de nuestra vida “toda”, o mejor dicho, el “todavía” que sirve de presente a “**toda ella**”, es nuestra soledad.

No juzgo necesario insistir sobre lo obvio: la presencia patente. La diferenciación entre los otros dos modos de presencia —la presencia latente y la subconsciencia— estriba en que en todas aquellas cosas que están siendo de manera latente en nuestra soledad, pueden actualizarse por el libre albedrío (2) y son el fundamento de nuestra vida personal. Al vernos ante Dios estaremos con ellas (3). Pero sigamos con lo nuestro. La adolescencia no tiene un todavía donde se verifique su soledad. No

(1) Esta es una de las más importantes influencias que tiene el tiempo sobre la libertad: la de fijar en cada uno de los instantes de nuestra vida un número distinto y estrictamente determinado de posibilidades reales.

(2) A Marcel Proust debemos los análisis más minuciosos y profundos de la memoria. Sería curioso establecer en este aspecto sus relaciones con Bergson. Para él, la rememoración tiene dos grados. Uno más desvaído por medio de la inteligencia, y otro más rico por medio de la fijación del pasado sobre determinados símbolos. Tanto el uno como el otro pertenecen a la soledad o presencia latente.

(3) No estoy, en cambio, seguro de que nos acompañe entonces la vida subconsciente. Tal vez se quedará en la puerta. En verdad, el día del Juicio no creo que entremos en una clínica.

tiene soledad (1). Lo que hay en el adolescente que lo puede apropiarse consigo mismo, es siempre inédito. Y lo inédito, por su propia configuración ideal, está fuera del tiempo, no pertenece al "todavía". El simbolismo de la mujer de Lot sirve de ejemplo a la adolescencia. Le hace pensar que si mirara hacia atrás se petrificaría. La adolescencia siente su mismidad como liberación. Y esta liberación no consiste en principio sino en diferenciarse del "tiempo" que no es suyo, del "mundo" que él no ha creado sino recibido (2). Tanto su tiempo como su mundo son ataduras que impiden al adolescente llegar a ser aquello que se propone ser. Su actitud genuina es inequívoca. Vivir es arrancar desde sí mismo: recién nacer. Su vida radica en esta disidencia entre hombre, tiempo y mundo, partiendo de la cual quiere empezar a realizarse. **Se encuentra a solas de la historia**, y como nace a vida nueva, no considera su niñez como pasado propio (3). Y por esta contradicción consigo mismo afirmábamos nosotros anteriormente que le duele vivir.

Este desgarramiento es el estado genuino dentro del cual vive la adolescencia. Creyendo estar a solas, está fuera de sí. Desde su punto de vista, tiene el adolescente dos maneras en radical oposición de comprender la vida. Una, la que debería servirle de fundamento y constituye su pasado. Otra, la que le sirve de proyección hacia el futuro. La que le sirve o le debía servir de fundamento, contradice su mismidad. La que le sirve de proyección hacia el futuro, le hace ser el que es. Siguiendo radicalmente la moción de esta última, su vida será auténtica. Siguiendo la anterior, se falseará: tendrá una vida impersonal, gregaria, uniformada. La vida auténtica será aquella tan solo que verifique su mismidad. La vida impropia o falseada, aquella otra donde se identifica y confunde con su "tiempo". Esta tensión

(1) La soledad del adolescente no es nostalgia sino escisión y aislamiento.

(2) La subjetividad del adolescente tiene muchos puntos de contacto con la filosofía de la existencia. "El hombre moderno, ha hecho notar Scheler, no estima más que lo que él mismo ha logrado. Los verdaderos valores de la vida, dice Kierkegaard, se hallan en lo adquirido, no en lo dado". José Luis Aranguren. **Catolicismo y protestantismo**. Revista de Occidente (Madrid, 1952, pág. 172). También ha sido muy agudamente subrayada por el autor la relación entre la filosofía de la existencia y el luteranismo.

(3) El adolescente no considera que su vivir de niño es algo suyo. Su niñez se le aparece como un pasado **sido** y no como un pasado **vivo**. Sin embargo, en su niñez se funda su identidad, y en su identidad se encuentra vivo su pasado.

vital no puede decidirse en un sentido u otro. No tiene opción, sino dolor, pues todo cuanto le apropia consigo mismo tiene que ser inédito y contradice su pasado. Para el adolescente, ser libre no consiste en poder determinar personalmente nuestra vida sino en recién nacer a vida nueva. Por ello sufre. No es dable al hombre hacer milagros.

Y ahora debemos añadir que la adolescencia no es solo una manera provisoria e insuficiente de vivir, sino también una manera equivocada de ser hombre (1). Ya lo dijo Quevedo: "La juventud robusta y engañada". Vivir es consistir en un pasado que está siendo futuro. Nuestro quehacer vital se funda en lo que somos y se despliega hacia lo que seremos. Nuestro presente no es sólo un modo de proyectarnos hacia el futuro, sino más bien un **estar siéndolo**. Somos nuestro pasado propio, es decir, nuestra "historia". Somos también nuestro futuro, es decir, la proyección de nuestra libertad creadora. Somos en cada instante la sucesiva plenitud de nuestro sér desde su fundamento temporal y hacia su fin. Estas dos dimensiones constituyen la mutua consistencia del yo objetivo y el yo personal (2). El yo objetivo consiste con nuestro mundo dado y estriba sobre el principio de obediencia. El yo personal consiste con nuestra proyección vital y estriba sobre el principio de libertad. No podemos preferir entre uno y otro. Consistimos en ambos. Toda elección se verifica como un desgarramiento. Por ello sufre el adolescente y aun podríamos decir que su vida es una pura materia de dolor. Considera su yo objetivo, su fundamento psíquico, como el "otro" que él es. Rompe su propio consistir desde el pasado porque piensa que su historia no es suya. Quiere vivir fundándose en sí mismo, fundándose "desde" el futuro, o mejor dicho, desde fuera del tiempo. Se ha equivocado de ser hombre. Pero

(1) En rigor, hay muchos hombres (en nuestra época más que en cualquier otra) que mueren sin superar su adolescencia.

(2) El alumbramiento del yo personal como característica de nuestra adolescencia ha sido descrito por Spranger en su libro tantas veces citado: "Ahora en la adolescencia predomina un nuevo sentimiento del yo; la conciencia de que se ha abierto una honda sima entre el yo y todo no yo, de que no sólo todas las cosas sino también todas las personas están infinitamente lejanas y son infinitamente extrañas, de que se está consigo solo en un

la vida duele. Su vida es un desgarramiento desde sí propio, hacia sí mismo, desde su identidad hacia su mismidad. Preciso es, sin embargo, haber vivido este desgarramiento para lograr ser hombres.

abismo. Cor: esto se ha cometido aquel pecado original por el cual se separan el objeto y el sujeto. La subjetividad se convierte en un mundo independiente. En lo interior hay también un universo". (57 ob. cit.). En rigor, lo que descubre la adolescencia no es un nuevo sentimiento del yo, sino una nueva dimensión.